

Efeyl2002

Mi nombre es Tarkrat, el antiguo aprendiz de Derkon un poderoso hechicero de la ciudad fronteriza de Tir-Quanor.

Todo empezó hace una semana. Un extraño forastero llegó a la bella ciudad que me vio crecer, que no nacer, pues nada recuerdo de mis años de infancia, ni siquiera quienes eran mis padres. Derkon me tomo como aprendiz y en cierto sentido era como un hijo para él: un hijo no deseado, me temo.

Pues como decía, un forastero llegó a Tir-Quanor y me preguntó por la localización exacta de una cueva. Una cueva de la que poco sabía, a parte de que guardaba gran cantidad de trampas... y tesoros. No le dí mucha importancia al tema y le hablé de dicho lugar ¿Qué sabía yo lo que iba a acarrear?!

Cuando mi maestro lo supo se enfureció muchísimo conmigo. Marchó a la cueva y cuando regresó me dijo que en aquel lugar había un objeto que estaba bajo su custodia y que el individuo que había entrado se lo había robado.

Tras muchos remordimientos de conciencia me ofrecí voluntario para encontrar al ladrón y recuperar el objeto. Unos días después descubrí que el individuo en cuestión era un bardo. Bueno... quizás Lyreel, una famosa cantante de Tir-Quanor, me podría ayudar. Si ese ladrón quería mantener su trabajo sin riesgos tendría que ir al Gremio de Bardos e inscribirse.

¿Pero que tipo de artefacto había sido robado? Tomé uno de los libros de mi maestro y me puse a investigar mientras él se encontraba de viaje. Y entonces supe que me había metido en un buen lío. El objeto que buscaba era el infame HARPA SUCCUBI, un instrumento musical maldito capaz de invocar a una horda de estos seres viciosos y drenadores de la fuerza vital de los mortales: los demonios Succubos. Ishtriaxxala'zh fue su última dueña: un poderoso succubo que estuvo a punto de acabar con un pueblo entero. Los Caballeros del Fuego y la Espada acabaron con la criatura hace ya 100 años, pero el arpa se perdió en el olvido... y por lo visto nadie la destruyó.

Aún no me podía creer que mi maestro pudiera tener un objeto tan maléfico como ese. ¿Pretendía utilizarlo? ¿Acaso estaba bajo su custodia para que nadie lo utilizará? Siempre consideré a mi maestro un tipo extraño y misterioso, a veces incluso confabulador, pero un diabolista...

Hace dos días me puse en camino. Inspeccioné la cueva para buscar más pistas, pero no pude averiguar nada más. Regresé a Tir-Quanor y decidí buscar a alguien que me indicara donde podría encontrar el Gremio de Bardos. ¿Y qué mejor lugar para encontrar un bardo que en la taberna del León Rampante?

Allí tomé algo de beber y pude charlar con el recaudador de impuestos que tomó asiento junto a mí. Una mendiga loca llegó al cabo del tiempo y nos pidió algunas monedas, empezó a desvariar y a contar historias sobre hombres sin rostros, luces y duendes que la dejaron sin hogar. Bastantes problemas tenía yo como para preocuparme por los demás...

El posadero anunció un espectáculo: la actuación de Zantia y de su hermana. El espectáculo se retrasó unos instantes pues, por lo que me pude enterar, la hermana de Zantia llevaba mucho tiempo perdida y al fin la había encontrado. El bello canto de las dos mujeres dio calor a la concurrencia, pues aquel día hacía un frío de mil demonios.

Cuando el canto cesó, me dirigí a Zantia y después de felicitarla por su actuación le pedí información sobre un bardo especialista en el uso del Arpa. Ella no sabía nada de su paradero; pero una moneda de plata reavivó su memoria:

- *" Tan solo puedo decirlos que el nombre del único especialista en el arpa de esta región empieza por "R", nada más recuerdo de él "- dijo Zantia con una sonrisa.*

Bien, al menos tenía algo con lo que empezar. Tras salir de la taberna pude entrevistarme con Lyreel. A ella le pregunté por aquel bardo misterioso. Ella me dijo que solo conocía a un tal Rawton, pero que en esos momentos no se encontraba en Tir-Quanor.

¡Maldita sea! El bardo se escapaba y mi maestro me castigaría de por vida si no conseguía aquel objeto. Anduve por las calles de Tir-Quanor en compañía de Lyreel, pasando frío y penurias. Pude ver movilización de tropas, el arresto de la mendiga loca por los Caballeros del Fuego y la Espada, como la guardia apresaba al conde, teniéndole que soltar a los pocos minutos pues no le pudieron acusar de traición a la corona. El regimiento Drake marchaba por los alrededores. Pero hay algo que me llamó mucho la atención...

¿Estaban ciegos mi ojos o en Tir-Quanor se encontraba la Gran Nigromante? Dilavia, la infame señora de los no-muertos, la que se dice que con la ayuda de sus artes oscuras invocó al gran demonio Dansalatignatius. Mi maestro me había hablado de ella; tan sólo un año había pasado desde los terribles acontecimientos. La dama oscura marchó hacia una cabaña. Se le negó el paso, o quizás dio unas ordenes cortas y precisas a sus moradores, y marchó por la Puerta Sur de la muralla. Suspiré de alivio, al ver que ella y sus secuaces se marchaban y continué mi búsqueda.

Al fin encontré el gremio de bardos y allí se encontraba Cassandra, la consejera del Conde. Hablé con ella sobre el objeto que estaba buscando y le pedí protección ante el poder de mi maestro y que me matuviera bajo su tutela. Ella ya tenía una aprendiz bajo su cargo, pero me permitió marchar en su compañía junto a sus dos mercenarios guardaespaldas.

Un extraño individuo se encontraba en la cabaña junto a Cassandra y su guardia. Lyreel se acercó a mí y me dijo en secreto que ese sujeto era Rawton.

¡Al fin! ¡Ese sucio ladrón me las iba a pagar!

Le pedí que saliera conmigo fuera de la cabaña a charlar porque era importante. Mis conjuros para desarmarle en caso de que me quisiera atacar estaban listos para ser lanzados. Si acaso no me quisiera dar el arpa siempre podría hechizarle con un conjuro de Sugestión...

Comencé el interrogatorio. Rawton me dio largas al principio, pero conseguí ganarme su confianza lo suficiente como para que reconociera que él tenía el arpa y que él fue quien la robó. Por lo visto ya la había utilizado y había sentido el poder maligno que se guarda en su interior. Yo le dije que quería destruirla, pero como él no llegaba a confiar del todo en mí hice un trato con él.

- *" Está bien, yo solo pretendo acabar con el Arpa, pero como no tengo el poder suficiente, te permitiré que la lleves hasta que podamos destruirla " - dije.*
- *"De acuerdo..." - dijo Rawton mirándome con desconfianza.*

Cassandra tenía que marchar a Athkar y yo decidí acompañarla, pues era la única que podía protegerme de la furia de mi maestro en esos momentos. Rawton y la guardia de Cassandra iban con ella. Lyreel iba conmigo pues decía que no confiaba en Rawton.

Cuando estábamos poniéndonos en camino, Zhindal, el consejero del Duque de Rhoden nos salió al paso y habló sobre una reunión mágica de la que aquí nada detallaré. Puesto que era miembro de la comunidad mágica de la región me ofrecí a participar en ésta y ayudar en todo lo que pudiera. Zhindal parecía un mago noble y ambicioso, pero puro de intenciones, eso me llamó la atención y decidí tomarle como tutor y guía en los secretos de la magia, si él lo deseaba...

Le conté mi problema: la historia del Arpa, sobre Rawton, sobre Cassandra y todo lo que me había acontecido. Él no confiaba en Cassandra y decidió tomarme como aprendiz a pesar de tener ya a otro hechicero bajo su tutela. Marchamos a Athkar ya de noche para entrevistarnos con los druidas del lugar. Un extraño encapuchado nos acompañó durante gran parte del viaje, pues decía que era un simple comerciante. No le quitamos ojo de encima.

La entrada a la ciudad thalesiana se nos prohibió durante largo rato. Ya que podríamos ser enboscados en cualquier momento decidí invocar los poderes del Gran Espíritu de la Magia: el Gran Dragón. Rezé una súplica a la Diosa Luna, esposa del Gran Espíritu y una luz potente brotó de la punta de mi bastón, iluminando la noche.

Al fin pudimos entrar en la ciudad. Un par de no-muertos fueron capturados en los alrededores y los druidas se los llevaron para sacrificarlos en su altar. La reunión no se pudo celebrar. Zhindal tenía que regresar a Tir-Quanor. Urdimos un plan para arrebatarse el Arpa a Rawton y lo conseguimos. A punta de flecha Rawton tuvo que entregar su arpa a los Lobos de Rhoden, la guardia de Zhindal. Allí le dejamos a su suerte. El mago se guardó el arpa y marchamos a Tir-Quanor. Mi conjuro de luz iluminó el camino a los Lobos, y tuvimos una vuelta a casa de lo más inquietante. El heroico Lobo Negro, capitán de la guardia de Rhoden, y sus hombres nos protegieron todo el camino y llegamos a Tir-Quanor a salvo. En el camino pudimos salvar la vida a un guerrero Thalesiano, muy malherido, que fue llevado a las Casas de la Curación de nuestra ciudad.

Unos individuos envueltos en vestiduras negras, diabolistas según el criterio de mi nuevo maestro, se unieron a nuestro grupo. Era mejor no combatir con ellos en ese momento pues estábamos demasiado cerca de la ciudad y quizás era mejor alertar a la guardia. Aún así solo teníamos sospechas y no podíamos dar ninguna prueba para acusarles de Adoración al Maligno...

En Tir-Quanor Zhindal entregó el Arpa al Obispo que la destruyó al conocer los poderes oscuros que guardaba. Se oían historias de nigromantes y terribles maldiciones, y que una peste estaba asolando la ciudad. Zhindal me envió a las Casas de Curación para investigar todo lo que pudiera sobre ese asunto.

La peste empezaba a remitir (o eso fue lo que me contaron) y gracias a una planta misteriosa que ya se había dado orden de buscar, el pueblo sanaría con rapidez. Rhawton estaba en la ciudad, y me acusó de traidor, a lo que yo solo pude decir que no pretendía que el asunto se resolviera de esa manera y que sentía mucho que mi maestro le hubiese tendido esa violenta trampa. Me gané el perdón (aunque ya nunca olvidaría lo que le hice) y me contó que mientras estuvo en Athkar pudo ver como un grupo de druidas invocaban a la Fuerza de la Naturaleza para acabar con la amenaza nigromántica. También que estuvo a punto de morir sacrificado a la Madre Naturaleza por mi culpa, ¿pero qué sabía yo?

Zhindal tenía que volver a Athkar y de nuevo me uní a la expedición. Dejé a Lyreel en la ciudad y ya no la volví a ver hasta el día siguiente. Esta vez la visita sería a toda carrera, con tan solo dos guardabosques, uno de ellos bastante cansado y magullado de tantos combates.

Cuando llegamos a la ciudad thalesiana ésta estaba casi vacía. Encontramos a varios thalesianos reunidos y armados, dispuestos para la batalla... Mi maestro pudo oír a uno de los jefes que marcharían contra Tir-Quanor, como se había previsto.

Regresábamos a Tir-Quanor tan rápido como podíamos, cuando unas figuras envueltas en siniestros mantos oscuros pasaron cerca de nosotros. Las antorchas fueron apagadas y los conjuros de luz anulados. Las tres figuras no estaban a más de diez metros, pero no se percataron de nuestra presencia. Unos instantes después mientras permanecíamos agachados y escondidos entre los matorrales oímos las voces de lo que creíamos que eran aliados. Les salimos al paso y descubrimos que era el ejército thalesiano que marchaba con una Fuerza de la Naturaleza entre sus filas. El enorme ser nos miró con sus ojos sobrenaturales, como si estuviera cuantificando o juzgando nuestras fuerzas. Se giró y continuó la marcha. Mi maestro Zhindal consiguió engañar a los thalesianos (o quizás estos mismos tenían cosas más importantes que hacer que ocuparse de nosotros) y nos dejaron marchar.

Llegamos a Tir-Quanor a tiempo de reunir a la guardia y avisar del inminente ataque a sus habitantes. Llegaron rumores de que los nigromantes estaban aliados con las fuerzas thalesianas y que la llamada Luminaria (la planta que curaría la peste) había sido destruida...

La Fuerza de la Naturaleza entro en la ciudad a golpes, buscando a su objetivo. "Nigromaaaantes, Nigromaaaantes" gritaba con voz gutural. La guardia de la ciudad y varios guerreros acabaron con lo que la Iglesia considera una abominación...

Más tarde se produjo el conocido simulacro de ataque contra la ciudad por parte del bando thalesiano. La nobleza kendoriana había pactado con los jefes thalesianos para acabar con los nigromantes. Pero el plan salió mal y los nigromantes consiguieron escapar... La noche cubrió los cielos y nuestros esfuerzos por reunir a los hechiceros de la región fracasó. Quizás podríamos conseguirlo la mañana siguiente...

Y entonces llegó la peste... La Muerte afiló su guadaña y segó la vida de nuestros conciudadanos como si fuera trigo maduro. La mañana se tornaba gris y terrible para la desdichada Tir-Quanor. El Obispo ordenó traer los cuerpos de los difuntos a la puerta de la Iglesia. Allí los cuerpos serían purificados y sus almas salvadas con el poder del fuego. El horror invadió mis entrañas. Tuve que cargar con el desdichado Rawton, desde mi cabaña hasta el exterior, y pude comprobar lo que la falta de humanidad puede llegar a hacer. Los mercenarios contratados por Cassandra se abalanzaron sobre el pobre bardo y le despojaron de todas sus riquezas antes de que yo pudiera hacer nada.

Mi propio maestro, Zhindal, había caído presa de la peste y yacía muerto junto a uno de los arbotantes del muro. ¿Qué podía hacer yo ahora? Estaba perdido. Sin maestro, sin aliados, sin familia... Y no sólo eso, mi antiguo maestro Derkon me destruiría si llegaba a enterarse de mi traición...

Los cuerpos fueron quemados en una de las cabañas de la ciudad. Siendo purificadas sus almas por el fuego ningún nigromante podría alzarlos. Pero el poder de Dilavia y sus aliados era muy grande. Los espectros de los recién fallecidos se alzaron de entre las cenizas e intentaron acabar con todos nosotros. La guardia y todo habitante capaz de empuñar un arma (incluso yo mismo) nos dedicamos a limpiar la ciudad de la infame presencia no-muerta. Poco sabía de los no-muertos, pero de lo que estaba seguro es que volverían mientras que los nigromantes estuviesen vivos.

Llegaron a mi rumores de que el HARPA SUCCUBI, había sido robada y que un nigromante la estaba utilizando dentro de la casa del molinero, que por lo visto les estaba dando cobijo. ¿Es que acaso el Obispo no la había destruido? Cassandra, su aprendiz, la consejera del Conde, y yo mismo marchamos al lugar. Un caballero del Fuego y la Espada y dos arqueros nos escoltaron.

El molinero abrió las puertas de su hogar y le obligamos a que sacara de allí a los individuos a los que estaba dando cobijo. Dos figuras, vestidas de negro, salieron del molino y los conjuros volaron de un lado a otro. Una bola de fuego golpeó al supuesto nigromante e hirieron a su compañero, al molinero y al caballero del Fuego y la Espada. Cassandra giró sus manos y un electrificante relámpago salió de la palma de su mano para acabar con la vida del nigromante. Yo sentí como el Dragón, señor de la magia, hacía hervir mi sangre. Respiré las nieblas mágicas que éste exhala por sus fauces y sentí que la energía mágica estaba a punto de salir a borbotones de mi mente. Con un pase de mi mano y un suave siseo la voz del emcapuchado compañero del nigromante desapareció de su garganta para siempre.

Los restos del nigromante fueron purificados en una cabaña junto con el Arpa. Su compañero, privado de voz para siempre, fue detenido.

Según transcurría la mañana se oían rumores de que un ejército de no-muertos había atacado Athkar, pero ésta resistía con tenacidad. Cuando apenas el Sol había levantado su brillante faz, el espíritu de mi maestro se manifestó ante mí como una visión de esperanza. Me dijo que aún no había muerto del todo y que un sacerdote con fe verdadera le podría traer de entre los muertos. Zhindal también habló con los restantes hechiceros del lugar y les instó a que celebraran la reunión de magos con los druidas, ya que los nigromantes pretendían acabar con todos nosotros. Los Caballeros del Fuego y la Espada rezaron por el alma de su compañero caído delante de su tumba y purificaron su cuerpo con el voraz fuego de sus antorchas. El Obispo bendijo las espadas de los caballeros de la Iglesia y los revitalizó proclamando una gran Cruzada contra el Mal.

La guardia marchó contra los no-muertos que pululaban por los alrededores: nos dejaban indefensos ante cualquier posible ataque. Yo me mantuve junto a la puerta escudriñando cualquier posible enemigo que pudiera acabar con todos nosotros. Pero entonces llegó la traición. Uno de nuestros conciudadanos abrió la Puerta Sur de la muralla y decenas de no-muertos cargaron contra nosotros, avidos de saciar su hambre antinatural devorando nuestra carne. A golpe de sandalia escapé veloz por la puerta principal y ascendí por la pequeña colina que desde el Noreste vigilaba nuestra ciudad,

caída en desgracia.

Desde allí intentamos mantener nuestras fuerzas unidas, pero habíamos perdido a muchos de nuestros aliados. El Regimiento Drake había caído en su mayoría y ahora estaba de parte de los nigromantes, como no-muertos. El horror se apoderó de mi cuando vi marchar al zombi de Turain y del Barón contra nosotros. Ya no quedaba ni un rastro de humanidad en sus ojos lechosos. Invoqué los poderes del Espíritu de la Montaña de Fuego, el Gran Dragón. Mis manos ardían con el abundante maná. Haciendo uso de varias palabras de poder descargué mi conjuro contra sus espadas. El acero comenzó a calentarse hasta límites insospechados y el olor a carne quemada invadió mis fosas nasales. Los zombis soltaron sus armas y huyeron del lugar: tan solo habíamos ganado una batalla.

Un demonio y otros zombis atacaron nuestra posición. Los pocos guerreros y arqueros que teníamos de nuestra parte lucharon con mucho valor, entre ellos uno de los guardias de Cassandra y un extraño mago que había visto mendigar por las calles de nuestra ciudad. Pero al fin mi maestro regresó en cuerpo y alma y me habló de una alianza entre thalesianos y kendorianos que se estaba celebrando en la frontera con Athkar, junto al puente (que había sido destruido). La guardia aún continuaba con vida, también los Caballeros del Fuego y la Espada y los valerosos caballeros del Dragón, varios mercenarios y gran cantidad de hechiceros y druidas. Quizás aún teníamos una esperanza.

Los magos sabíamos que la única manera de vencer sería acabar con la gran nigromante y con todos sus aprendices y aliados para que los no-muertos no pudieran regresar de sus tumbas. El espíritu del Conde (convocado por quién sabe qué tipo de magia) apareció delante de nuestro y nos indicó la posición de Dilavia y los restantes no-muertos.

La guardia y todos los guerreros disponibles atacaron la ciudad. Yo marché junto a mi maestro contra una de las diabolistas, mientras contemplaba como nuestra amada ciudad ardía en llamas. La Diabolista alzó sus brazos y convocó un conjuro de Terror contra nosotros pero mi maestro deshizo el conjuro antes de que éste hiciera efecto. El comandante de la guardia descendió su espada sobre ella, pero solo cortó un jirón de su capa negra antes de que desapareciera de nuestra vista. Se había teleportado...

La batalla continuaba en el interior de las ardientes murallas de Tir-Quanor. Me interné en el lugar escoltado por un par de guerreros. Desarmé a un par de zombis con mis conjuros, pero mis reservas de maná quedaron completamente agotadas, así que decidí no arriesgarme y escapar del lugar.

En el exterior, Cassandra, la Gran Druidesa y un par de magos más habían apresado a un nigromante que decía estar arrepentido por sus actos de maldad. Los magos decidimos que no podíamos creerle y a golpe de bastón abrí la cabeza del infeliz como si fuera un melón maduro. Otros horrores, como el fanatismo de la Iglesia, tuve que contemplar. El acero de los Caballeros del Fuego y la Espada descendió sobre una Fuerza de la Naturaleza que se encontraba de nuestro lado y también contra una indefensa druida que se paseaba por los alrededores. Bajas innecesarias, me temo, y que me hacen temer más aún a esos fanáticos religiosos. Un único rayo de esperanza alcanzó mi corazón: Dilavia había muerto. La Gran Nigromante había caído bajo el cuchillo traidor de uno de sus discípulos. Al menos los no-muertos no se alzarían de nuevo.

Todo acabó aquí. Zhindal y su guardia de guardabosques regresan al Ducado de Rhoden. Yo, como aprendiz marché a su lado. Nunca derramé una sola lágrima por nadie y tampoco lo hice por mi ciudad. La rabia y el deseo de venganza me impiden llorar. Giré mi cabeza por última vez para despedirme de los antaño orgullosos muros de Tir-Quanor. Ahora sus piedras ennegrecidas y sus casas ruinosas mostraban su raquítico esqueleto a los pocos supervivientes de la catástrofe.

Algún día regresaré, no como aprendiz, sino como Maestro y acabaré con esos malditos nigromantes para siempre... Algún día...